

Antes de morir, Fortunata le «regala» su niño a Jacinta, y en una carta a la misma, dictada a Estupiñá, manifiesta lo positivo de su cumplida misión y la fraternidad de las dos mujeres, unidas para siempre por un nuevo símbolo de amor —el niño Juanito—.

Un reflejo más tardío de Fortunata, pero menos completo, es la triste «manola», Antoñita la Cordoñera. Pepe Fajardo, su amante, y el protagonista principal masculino de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, describe el aspecto manolesco y tradicional de Antoñita:

...una mujer del pueblo, una demócrata... Llamábase Antoñita... Añado que es muy guapa y graciosa, el más delicado manjar de manola que puede imaginarse¹⁶.

Pepe Fajardo —filósofo, historiador y tipo donjuanesco parecido a Juanito Santa Cruz, pero más inteligente y cerebral que éste— realiza su «amor al pueblo», seduciendo a Antoñita. Pero igual que Juanito, Fajardo se aburre de la bondad y sencillez de la preciosa muchacha, y la abandona. Antoñita, al sentirse abandonada, se enferma y muere «de amor», pero su muerte, a diferencia de la de Fortunata, no deja ninguna resonancia positiva.

Antes de morir, Antoñita trata de convencer a Pepe Fajardo de que huya con ella a gozar de una vida más auténtica, de «salvajes»:

...nos vamos a un monte... y viviremos en una choza solitos... Nos vestiremos a lo salvaje... Iremos juntos a recoger leña... Yo iré descalza y tú también luciendo la bella patita y por sombrero nuestras greñas...¹⁷

Pero el abúlico Fajardo, hombre del mundo, trepador de la escala social, no puede ser el «dueño natural» de la simpática manola. Ella muere a causa del dolor y del abandono. Fajardo, igual que Juanito Santa Cruz, se siente responsable por el triste desenlace de la vida de la infausta muchacha.

II. La variante «salvaje-noble»

La segunda «variante» de la mujer natural es la «salvaje-noble», de evidente influencia de Jean Jacques Rousseau, ya comentada en este estudio. Esta variante (subgrupo) incluye a las siguientes mujeres: Pepa Fúcar (*La familia de León Roch*), Marianela, Andrea (3.^a serie de los *Episodios nacionales*), Lica (*El amigo Manso*), Camila (*Lo prohibido*), Barberina, Virginia Socobio, Teresa Villaescusa (4.^a serie de los *Episodios nacionales*), Dolly (*El abuelo*) y Facunda (5.^a serie de los *Episodios nacionales*).

Despojada del traje costumbrista del tipo tradicional, esta variante es ya la pura esencia de la mujer natural —sinceridad, autenticidad, bondad y simpatía, además de su vigor y vitalidad—.

¹⁶ Pérez Galdós, O.C., E.N. III, pág. 568.

¹⁷ *Ibid.*, págs. 525-526.

Pepa Fúcar representa en el nivel simbólico la Naturaleza desproporcionada, desordenada y caprichosa. Careciendo de belleza física, y manifestando un carácter rebelde, Pepa, al mismo tiempo, simboliza lo desenfrenado, lo volcánico y lo irracional de la Naturaleza que quiere ser domada. Igual que las otras mujeres naturales, Pepa encarna la sensibilidad y bondad de corazón, como indica su padre, el marqués de Fúcar:

Verdaderamente, sin su buen corazón..., mi hija hubiera sido una calamidad, lo reconozco... Mi hija, casada con un hombre de bien, discreto, agradable, a quien ella hubiera amado de veras, habría sido la mujer por excelencia, habría sido modelo de esposas, de madres...¹⁸

Pero, desafortunadamente, Pepa no encuentra a este «hombre de bien», y es, en cambio, víctima de dos hombres: de su cínico marido, Federico Cimarra, y del único hombre a quien quiere —León Roch— quien no quiere rebelarse contra las leyes de la sociedad, y la abandona.

Felizmente, Pepa es fecunda, y «se salva» por el nacimiento de su hija Monina, la cual estabiliza su carácter caprichoso y le proporciona el cariño que tanto le hace falta.

Quizá la mujer de trayectoria más triste en la obra de Pérez Galdós es la figura «naturalista» de Marianela. Ella es mujer natural y víctima a la vez de su situación social y de la Naturaleza misma, que para Marianela es más Madrastra que Madre.

Careciendo por completo de belleza física, Marianela está descrita a través de la novela que se titula con su nombre, como un feo animalito, una almeja, un accidente de la Naturaleza. La vemos como una entidad deshumanizada, primitiva y casi monstruosa, que tiene que ser devuelta al seno de la Naturaleza del cual fue tan injustamente arrojada al mundo. Pérez Galdós nos indica lo siguiente acerca del estado primitivo, «infrahumano», de Nela:

Jamás se le dio a entender a la Nela, que había nacido de criatura humana... Por el contrario, todo le demostraba su semejanza con un canto rodado, el cual ni siquiera tiene forma propia, sino aquella que le dan las aguas que lo arrastran y el puntapié del hombre que lo desprecia...¹⁹

Pero igual que la mayoría de las mujeres naturales, esta «salvaje» tiene una índole noble, buena y sincera. Profesando un gran cariño a su amo y amigo, el ciego Pablo, a quien sirve de «lazarillo», Nela se siente útil por la función que desempeña cuidando del ser amado, y Pablo reconoce la nobleza del alma de Marianela.

Pero Pablo, gracias a la ciencia, recobra la vista, y estalla la crisis de la mujer natural. Marianela muere, de vergüenza, por ser vista en su grotesca fealdad, y muere porque igual que Fortunata, ella también ha cumpli-

¹⁸ Pérez Galdós, O.C., N. I, La familia de León Roch, pág. 863.

¹⁹ Pérez Galdós, O.C., N. I, Marianela, pág. 716.

do su misión —en este caso, la de guiar y servir al hombre ciego— que ya no la necesitará.

Las próximas dos mujeres de esta variante son las «salvajes-nobles americanas», Andrea y Lica. Ambas encarnan lo inocente, lo tropical y lo exótico de la Naturaleza americana, y sus vidas novelescas demuestran el lento proceso de su adaptación a la civilización corrupta europea.

Andrea, la bellísima amante del «romántico» Salvador Monsalud, se asemeja simbólicamente a Pepa Fúcar, en que refleja la Naturaleza volcánica, irracional y salvaje. Andrea, como las otras mujeres de su grupo, es buena y simpática, pero a causa de su gran belleza es corrompida por la civilización europea y la sociedad española. Sucumbe a la vanidad y al lujo, casándose con el rico marqués, Falfán de los Godos, quien le puede proporcionar «socialmente» todo lo que ella ha aprendido a desear.

Lica, la otra americana («la cubanita»), es un personaje mucho más dulce e inocente que Andrea. Esposa de José María Manso (hermano del filósofo Máximo Manso), Lica y toda su familia (esposo, madre, hermana, sirviente y dos niños) llegan enriquecidos desde Cuba a Madrid, donde establecen su residencia.

En la esfera simbólica, Lica y su familia reflejan lo exótico de la Naturaleza americana —sus bosques llenos de pájaros sonoros e insectos de muchos colores—, según los describe Máximo Manso:

Lica... traía un vestido verde y rosa, y el de su hermana era azul, con sombrero pajizo. Ambas representaban a mi parecer, emblemáticamente la flora de aquellos risueños países, el encanto de sus bosques, poblados de lindísimos pajarracos y de insectos vestidos con todos los colores del iris..²⁰

Lica se presenta en Madrid, llena de bondad y de inocencia, otro «ángel» galdosiano. También comparte con otras mujeres naturales la fecundidad (ya es madre de dos niños y está esperando para dar a luz).

Pero el proceso de adaptación de Lica a la sociedad española, su «aprendizaje social», es largo y tortuoso. La sociedad corrompe a su marido, quien desarrolla una personalidad donjuanesca (tratando de seducir a Irene, la maestra e institutriz de sus hijos) y adquiere otros hábitos «sociales», especialmente los relacionados con el arribismo económico-social. Lica, víctima de su marido y de la sociedad, quiere escaparse de nuevo a sus virginales bosques cubanos, pero al fin se reconcilia con su marido y la sociedad y aprende a adaptarse a sus circunstancias. Pierde algo de su inocencia y, en cierta manera, «se socializa» para poder sobrevivir.

El personaje más importante de esta «variante», y de más valor artístico es Camila (*Lo prohibido*), salvaje noble y Diosa Pagana de la Sexualidad y del Amor-Instinto. Como Pepa Fúcar y Andrea, Camila simboliza el polo irracional de la Naturaleza —lo caprichoso, desordenado y volcánico— re-

²⁰ Pérez Galdós, O.C., N. I, El amigo Manso, pág. 1205.

flejado en el desorden de su persona, su casa y sus tareas domésticas. Pero Camila también encarna los elementos más positivos de la Naturaleza: su ímpetu y fuerza creadora que pide constante reproducción (ella a menudo está en estado, y al final de la novela da a luz a dos niños gemelos, deseando tener muchos más).

Aunque Camila no es clásicamente bella, su figura tiene un encanto gitanesco y sensual, reflejando vigor, alegría y salud. Ella vive una vida de feliz inocencia con su hercúleo marido, el «asno» y «borriquito», Constantino Miquis, tan fuerte, vital y sensual como ella; recreándose ambos como Adán y Eva en un paraíso decimonónico, completamente aislados de la corrupción de la sociedad española.

Parecía aquello la Edad de Oro, o las sociedades primitivas. Camila se bañaba una o dos veces al día... Él no era tan aficionado a las abluciones; pero su mujer, unas veces con suavidad, otras con rigor, le inculcaba sus preceptos higiénicos, asimilándole al modo de ser de ella...²¹

Camila nos describe en términos bíblicos el paraíso idílico de la pareja natural de «salvajes nobles»: «Nos queremos como *Adán y Eva*. Le domino y me tiene dominada...»²².

Pero la felicidad primitiva no es eterna y en el Paraíso entra un intruso, José María Bueno de Guzmán, la «manzana podrida». Este primo de Camila, donjuanesco, abúlico y cerebral, tiene una neurosis que consiste en estar siempre detrás de lo prohibido. Aburrido de su aventura erótica con la estética Eloísa (hermana de Camila), José María, ser vacío y decadente, se enamora de la sensualidad, vitalidad y vigorosa salud de su prima Camila.

Después de varios intentos de seducción, y muchos rechazos de Camila y amenazas de su marido, el pasivo Don Juan, José María se retira del Paraíso, y muere o «explota» de una «hemiplejía». Irónicamente, José María deja toda su fortuna y bienes materiales a Camila y a sus hijos, premiando así la Virtud que supo rechazar el Pecado y castigar al Pecador.

Pero la pareja «ideal» de salvajes nobles ya no es la misma. Aunque persisten en su felicidad conyugal, el Paraíso y ellos han perdido algo de su primitiva «inocencia» contaminados por la sombra de las malogradas tentativas del intruso José María.

Las próximas tres «salvajes-nobles» —Barberina, Virginia y Teresa Villaescusa— se agitan por las páginas de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, donde nos encontramos con mucha influencia de Jean-Jacques Rousseau y su metafórico «salvajismo». Es de notar que Pérez Galdós, entre los años 1902 y 1907, cuando escribe los diez episodios de la cuarta serie, empieza y termine esa serie de sus novelas históricas con imágenes de salvajismo y mujeres «salvajes-nobles».

²¹ Pérez Galdós, O.C., N. II, pág. 338.

²² *Ibid.*, pág. 348.